

—No, no, respondió Carolina sonriendo, vendrá en seguida; un asunto importante le ha obligado á detenerse.

Todos murmuraban, mirándola con curiosidad. Estaba bella y tranquila; era siempre la misma. Tenía la apacible serenidad de una mujer que consigue cuanto desea. Mad. Jossierand estrechó su mano, muy contenta de volver á verla. Berta y Valeria cesando de hablar pasaron revista á su traje, que consistía en un magnífico vestido de color de paja adornado con encajes.

En medio de la serenidad de aquellas señoras que olvidaban el pasado, Augusto mostraba en su rostro la mayor indignación. ¡Cómo! ¿su hermana recibía al antiguo amante de su mujer? Había en él, al mismo tiempo que los celos del esposo ofendido, algo de la envidiosa cólera del comerciante arruinado por una competencia feliz; porque la tienda de su vecino al dedicarse también á vender sedería, le había obligado á buscar un socio. Mientras que las damas hablaban con Mad. Mouret, se acercó Augusto á su hermana y la dijo al oído:

—Lo que es eso no lo toleraré nunca.

—¿Qué es lo que no tolerarás? preguntó Clotilde, llena de sorpresa.

—Que venga aquí la mujer... pase, dijo.

Ningún mal me ha hecho; pero si se presenta el marido, llamo á Berta y me la llevo delante de todo el mundo.

Clotilde le miró y se encogió de hombros. Carolina era su más antigua amiga y estaba resuelta á continuar tratándola, porque no era cosa de renunciar á aquel afecto por dar gusto á los necios caprichos de su hermano. ¡Quién se acordaba ya de aquella antigua historia! Lo mejor que debía hacer era no sacar á la colada asuntos que á él solo incumbían.

—¿Quieres cubrirte de ridículo? le dijo.

—Por no caer en él es por lo que quiero marcharme, dijo desesperado.

Entonces Mad. Jossierand se acercó á su yerno y le dijo, con voz severa:

—Es V. un imprudente, lo estoy viendo.

Augusto se calló, sin someterse. Desde aquel momento, todas las señoras, unidas más ó menos á él, por lazos de parentesco, se mostraron inquietas. Sólo Mad. Mouret, sentada delante de Berta, y al lado de Clotilde, conservó su risueña tranquilidad.

Las demás observaban á Augusto, que se había ocultado en el hueco del balcón, donde en otro tiempo se había fraguado su matrimonio.

Octavio llegó muy tarde.

Al entrar en la casa encontró á Mad. Juzeur, que bajaba la escalera envuelta en un chal. La buena señora manifestó que sufría del pecho, y que sólo se había levantado para no faltar á la palabra que había dado á los Duveyrier. A pesar de todo, no dejó de estrechar con afecto la mano del joven, felicitándole por su matrimonio.

—Me complace en extremo, le dijo. A la verdad, temía que no hubiese V. conseguido conquistar á esa mujer, ¿qué ha hecho V., picarón, para lograrlo?

Octavio, sonriéndose besó su mano, pero álguien que subía con rapidez le asustó. Creyó reconocer á Saturnino, y era en efecto el pobre muchacho, que había salido hacia una semana del asilo de Ville-Evrard, en donde el director de este establecimiento se negaba por segunda vez á conservarle, afirmando que la enfermedad que tenía no era una locura declarada.

Sin duda iba el pobre demente á pasar la noche en casa de María Pichon, como en otro tiempo, cuando sus padres abrían sus salones á los amigos.

Esto recordó á Octavio la lánguida voz de María al cantar á su hija para dormirla, mientras volvía Julio de acompañar á sus suegros.

—Deseo á V. toda clase de felicidades en su nuevo estado, añadió Mad. Juzeur.

Para no entrar juntos en el salón se detuvo Octavio en la antesala, y á poco vió llegar á Troublot, por el pasillo de la cocina.

—¿Sabe V. que no está muy bién? murmuró, mientras Hipólito conducía á madame Juzeur al salón.

—¿Quién no está bien? preguntó Octavio.

—Adela, la criada del piso tercero.

Al saber su indisposición había subido á verla; y contaba á Octavio los detalles de su enfermedad, cuando se apercibió de que éste le oía con indiferencia.

—¡Ah, es verdad, exclamó, ya está V. casado, no le interesa lo que le digo!

Los dos entraron juntos.

En aquel momento las señoras hablaban de sus criados, y tan preocupadas estaban que no los vieron llegar. Todas aplaudían á Mad. Duveyrier, que explicaba por qué razón conservaba á su lado á Clemencia y á Hipólito. Él era muy brutal; pero ella desempeñaba tan bien las funciones de doncella, que había que hacer la vista gorda sobre lo demás.

Valeria y Berta no podían encontrar una criada á su gusto: Mad. Josserand murmuraba de Adela, contando nuevos rasgos de

su suciedad y estupidez extraordinarias. En cuanto á la otra Mad. Campardon, colmaba de elogios á Lisa, asegurando que era una perla, no habia nada que echarla en cara.

—La consideramos como de la familia, añadió. Nuestra pequeña Ángela, asiste á las clases del Ayuntamiento, y Lisa es quien la acompaña. Aunque estuvieran juntas días enteros, no nos inquietaríamos.

En aquel momento fué cuando las señoras apercibieron á Octavio. El joven se adelantó á saludar á Clotilde. Berta le miró, y después, sin afectación, continuó hablando con Valeria, que habia cambiado con Octavio una mirada afectuosa de amiga desinteresada.

Mad. Jossierand y Mad. Dambreville le saludaron con simpatía.

—¡Gracias á Dios que le veo á V., dijo Clotilde, con amabilidad! Ya empezaba á temer que no pudiéramos cantar nuestro coro.

Mad. Mouret rió dulcemente á su marido por haberse hecho esperar.

El, la dijo:

—Ya sabes, querida mía, que no ha sido posible venir antes, lo siento en el alma; pero ya estoy á la disposición de V., añadió, dirigiéndose á Clotilde.

Las señoras continuaban mirando con in-

quietud al hueco del balcón, donde se habia refugiado Augusto. Por un instante tuvieron miedo, al verle aparecer en cuanto entró Octavio. Pero todo en su rostro indicaba el triste estado de su salud.

Volviéndose al lado de su hermana, la dijo:

—Arrójale de casa ó nos vamos nosotros.

Clotilde se encogió de hombros nuevamente; y entonces Augusto la dió tiempo para reflexionar, anunciándole que esperaría algunos minutos, tanto más cuanto que Troublot se habia llevado á Octavio al gabinete. Después se acercó á su mujer, y la dijo:

—Si vuelve, te levantas y te vienes conmigo: si no lo haces, puedes volver á casa de tu madre.

En el gabinete, Troublot y Octavio, fueron recibidos con la mayor cordialidad. Si León afectó mostrarse serio, el tío Bachelard y hasta Teófilo parecían declarar que la familia lo habia olvidado todo, puesto que tendieron la mano á Octavio. Éste felicitó á Campardon, que condecorado desde el día anterior, llevaba en el ojal una ancha cinta encarnada, y el arquitecto, radiante de alegría le rió, porque no iba de cuando en cuando á visitar á su mujer.

Octavio permanecía sorprendido é inquieto delante de Duveyrier; no le había vuelto á ver desde que se había curado y le chocaba la expresión que había tomado su rostro por efecto de la desviación de la mandíbula, que había sufrido al intentar su cómico suicidio. Cuando le oyó hablar también se asombró, porque su voz había tomado un tono cavernoso.

—¿No le parece á V. que así está mejor, dijo Troublot á Octavio? ahora tiene un aire de majestad, que impone. Oiga V. como habla.

En efecto, los contertulios del gabinete pasaban de la política á la moral y oían los detalles que daba Duveyrier, sobre una causa en la que había sido muy notada su actitud. Hasta se decía que iba á ser nombrado presidente de sala y oficial de la legión de honor, con aquel motivo.

Tratábase de un infanticidio que se había cometido hacia algún tiempo. La desnaturalizada madre, una verdadera salvaje, como él decía, era precisamente su antigua inquilina, la pobre obrera, la mujer pálida y ojiverosa, cuyo abultado vientre indignaba á M. Gourd. La miserable había cortado en pedazos á su hijo, para guardarle en una caja de cartón.

Como era natural, había contado á los jurados una historia ridícula: el abandono de su seductor, la miseria, el hambre, una crisis de desesperación ante la criatura á quien no podía alimentar. En una palabra, lo que decían todas. Pero era preciso dar un ejemplo. Duveyrier se felicitaba de haber resumido el debate con claridad, con esa claridad que determina en ocasiones el veredicto del jurado.

—¿Y la condenó V.? preguntó el doctor.

—A cinco años de reclusión, contestó el magistrado, con voz solemne. Ya es tiempo de poner un dique á la desmoralización que amenaza sumergir á Paris.

Troublot tocaba con el codo á Octavio, y los dos recordaban el conato de suicidio de aquel juez tan severo.

—Ya le oye V., murmuró: francamente, repugna, sobre todo cuando se le ve con la toga de administrar justicia.

Abandonando al magistrado, prestaron atención á la conversación de las señoras, que continuaba versando sobre la domesticidad.

Mad. Duveyrier había despedido aquella mañana á Julia, y ante el asombro que al oírlo expresó Mad. Jossierand, añadió que, en honor de la verdad no tenía queja algu-

na respecto de su manera de guisar, pero que, para ella, lo primero y principal era la buena conducta.

Lo que pasaba en realidad era que, advertida por el doctor Juillerat, é inquieta por la salud de su hijo, cuyas debilidades toleraba, tuvo una explicación con Julia, y ésta, en su calidad de cocinera distinguida, no vaciló en manifestar que ya estaba harta de las liviandades del chico. Mad. Jossierand participó en seguida de la indignación de Clotilde. Bajo el punto de vista de la moralidad era inflexible. A no ser porque la puerca de su criada, á pesar de todos sus defectos, era la honradez misma, no la habría conservado ni un momento. Pero en fin, sobre este punto no tenía nada que echarle en cara.

—¡Pobre Adela, murmuró Troublot, enterneciéndose, al recordar á la desdichada doméstica, muerta de frío en su mísero cuarto! Después dijo á Octavio al oído:

—Bien podía Duveyrier subir á la infeliz una botella de Burdeos para que se calentase el estómgo.

—Sí, amigos míos, continuaba el magistrado, ahí está la estadística que no me dejará mentir, los infanticidios aumentan con espantosa proporción. Se da hoy demasiada

importancia al sentimentalismo, se abusa de la ciencia, sobre todo de la fisiología, con la que muy en breve dejarán de existir el bien y el mal... pero crean ustedes lo que quieran, lo cierto es que la maldad no puede corregirse, es necesario cortarla de raíz.

Esta argumentación se dirigía al doctor Juillerat, quien había querido explicar de una manera científica las causas que habían incitado á la pobre obrera á deshacerse del fruto de su falta. Por lo demás, los contertulios se mostraban severos. Campardon no comprendía el vicio; el tío Bachelard defendía á la infancia; Teófilo indicaba la necesidad de que se hiciera una información acerca de las causas de la inmoralidad reinante; León consideraba la prostitución en sus relaciones con el Estado; y á todo esto, Troublot, contestando á una pregunta de Octavio, le hablaba de la nueva querida de Duveyrier, mujer de alguna edad, pero novelesca, poética, en fin, una romántica trasnochada que le explotaba, divirtiéndose al mismo tiempo con sus amigos; pero salvando bien las apariencias.

De todos los circunstantes, sólo el cura Manduit callaba, con los ojos inclinados hacia el suelo, y el alma poseída de una inmensa tristeza.

Llegó el momento en que debía cantarse el coro de la *Bendición de los puñales*: la sala se llenó. Un oleaje de faldas de todos colores se agitaba, reflejando la viva luz de las lámparas y de los candelabros. Se oían suaves murmullos y discretas risas, y en medio de aquellos instantes de confusión, Clotilde se acercó á su hermano y le riñó con severidad, porque al ver entrar á Octavio, fué al sitio en donde estaba su mujer y la cogió del brazo para obligarla á levantarse.

Dominado por sus penas, y al mismo tiempo por la jaqueca que le atormentaba, se vió cortado ante la actitud de su hermana y de algunas otras señoras, que parecían desaprobar su conducta con la expresión de su rostro. Las miradas severas de Mad. Dambreville y de la otra Mad. Campardon le hicieron comprender que no estaban de su parte; pero sobre todo, la más terrible fué Mad. Jossierand, quien llegando hasta donde estaba su yerno, le amenazó con llevarse á su hija y no darle en la vida los cincuenta mil francos del dote: dote que prometía siempre con gran aplomo. Después, volviéndose hacia el tío Bachelard, que estaba sentado detrás de ella y cerca de Mad. Juzeur, le obligó á renovar sus promesas.

El tío, poniéndose la mano en el corazón, añadió una vez más que, para él la familia era lo primero.

Vencido Augusto, retrocedió, yendo á refugiarse de nuevo en el hueco del balcón, donde apoyó su ardorosa frente sobre los helados cristales. Entre tanto Octavio experimentaba una singular sensación. Su mujer se encontraba allí, sonriéndole, y sin embargo, le parecía que no había pasado nada en su existencia, desde el día en que llegó á París. Troublot le mostró, al lado de Berta el socio de su marido, un rubio que, según decían, la colmaba de regalos. El tío Bachelard, poseído de un acceso de poesía, hablaba á Mad. Juzeur en los términos más sentimentales, enterneciéndola con las confidencias que le hacía acerca de Fifi y de Guenlin. Teófilo atormentado por la duda y moleestado por los ataques de tos que sufría, suplicaba al doctor Juillerat que diese á su mujer alguna medicina para calmar sus nervios. Campardon sin quitar los ojos de la prima Gasparina, hablaba de su diócesi de Evreux, de la nueva calle del Diez de Diciembre; defendía á Dios y á las artes y anunciaba que, ante todo, y sobre todo, era un artista. También estaba en el salón, cerca de una consola, y vuelto de espaldas un

caballero, á quien todas las solteras miraban con la mayor curiosidad.

Era Verdier, que hablaba con Hortensia, aplazando de nuevo su matrimonio hasta la primavera, por no echar á la calle á la madre y al hijo en pleno invierno.

Después comenzó el coro: el arquitecto cantó la primera frase. Clotilde, lanzó en medio de un acorde el grito que la correspondía, y el coro entró de lleno, con tal violencia, que las bujías temblaban y las señoras se estremecían.

Troublot cantaba en la cuerda de barítono. Los cinco tenores gustaron mucho, sobre todo Octavio, á quien Clotilde sentía no haber podido confiar un solo. Cuando las voces fueron apagándose y ella ejecutó pianísimo los pasos cadenciosos y perdidos de una patrulla que se aleja, el numeroso auditorio aplaudió con entusiasmo, llenando de elogios á la inteligente directora y á sus discípulos.

En seguida se sirvió el té, con las pastas de costumbre. Por un momento se encontró solo en medio del salón el bueno del cura Manduit, y desde allí viendo á los convidados alegres, bulliciosos y entregados á los placeres de la gula, sintiéndose vencido sonrió, cubriendo una vez más con el man-

to de su piedad á aquella gente, tan hipócrita como miserable.

Era necesario salvar la Iglesia al menos, puesto que Dios no había respondido á sus gritos de desesperación.

A las doce de la noche fueron los convidados desfilando poco á poco.

Campardon, con la otra Mad. Campardon fué de los primeros en abandonar el salón. León y Mad. Dambreville no tardaron en seguirlos. Verdier se había marchado y madame Josserand se llevó á su hija Hortensia, sermoneándola por lo que ella llamaba su terquedad novelesca.

El tío Bachelard, que había tomado más ponche del que convenia al equilibrio de su cuerpo, detuvo un instante en la puerta á Mad. Juzeur, cuyos consejos llenos de experiencia le agradaban. Troublot, que había escamoteado algunos terrones de azúcar para llevárselos á Adela, iba á escaparse por el pasillo de la cocina, cuando la presencia de Berta y de Augusto, que llegaron á la antecámara le detuvo, obligándole á fingir que buscaba su paletot.

Pero precisamente en aquel instante, Octavio y su mujer, acompañados por Clotilde se acercaban á pedir los abrigos. La antecámara no era grande y Berta y Mad. Mouret se

hallaron juntas, mientras que Hipólito buscaba los abrigos. Las dos se sonrieron mutuamente. Después, cuando se abrió la puerta, Octavio y Augusto se trataron con la mayor urbanidad, queriendo los dos que el uno saliese antes que el otro. Berta consintió en pasar primero, y Valeria, que se iba también con Teófilo, miró á Octavio con afectuosa expresión de amiga desinteresada. Los dos hubieran podido hacerse todo género de confianzas sin ruborizarse.

—Hasta la vista, dijo Mad. Duveyrier, antes de volver al salón. Octavio se detuvo, al ver en la meseta del piso entresuelo al socio de Augusto que se iba, y á quien Saturnino estrechaba la mano con ternura, llamándole: *amigo, amigo*.

Un singular movimiento de celos le molestó al pronto. Después se sonrió recordando su pasado, sus amores, toda la campaña que había hecho en Paris, la complacencia de María, su derrota cerca de Valeria, de quien conservaba agradables recuerdos, sus imbéciles relaciones con Berta. Pero, ¡qué le importaba todo aquello! Ya había hecho su negocio, y siguió á la que en el fondo de su alma llamaba todavía Mad. Hedouin.

La casa recobró de nuevo su gran aspecto de dignidad.

Octavio creyó oír á lo lejos las cantinelas de María al dormir á su hija.

En el vestíbulo encontró á Julio, que se retiraba. Mad. Villaume estaba indignada y se negaba á hacer las paces con María.

El doctor y el cura salían también discutiendo como siempre.

Troublot subió al cuarto de Adela para cuidarla, y la escalera quedó en silencio, con sus castas puertas cerradas, ocultando en el fondo de las habitaciones las más honestas alcobas.

Era ya la una cuando M. Gourd, á quien su esposa aguardaba en el mullido lecho, apagó el gas. Entonces la casa quedó envuelta en la solemnidad de las tinieblas y como anonadada en la decencia de su sueño. Al día siguiente, al partir Troublot, que había velado con paternal ternura cerca de Adela, se arrastró la infeliz hasta la cocina, para disipar toda sospecha. Una vez allí, abrió un momento la ventana, y oyó la voz de Hipólito, que resonaba en el estrecho patio.

—Puercas, decía, ¿quién ha sido la que ha echado agua? Me habéis estropeado el vestido de la señora.

Había sacado á la ventana un traje de madame Duveyrier, y le encontraba lleno de manchas grasientas.



Al oírle, aparecieron en las ventanas todas las criadas y se disculparon; pero como siempre, resonaron en aquella cloaca las palabras más abominables.

—Yo no he sido, dijo Adela asomando la cabeza.

Lisa la miró.

—¡Calle! ¿Ya estás de pié? la dijo. Creí que las ibas á liar.

—Con efecto, respondió, he tenido esta noche unos cólicos atroces.

—Habrás comido almejas.

Al oírlo, todas las demás se rieron á carcajada tendida, mientras la pobre Adela, murmuraba:

—Callad, aún estoy enferma. Si continuáis diciéndome esas cosas, vais á acabar conmigo.

Como era natural, se compadecieron de la pobre muchacha y la emprendieron contra los amos, poniéndolos de ropa de pascua, al juzgar la reunión que se había celebrado la noche anterior en casa de Duveyrier.

—Ya han hecho las paces, ¿no es verdad? preguntó Victoria, apurando una copa de aguardiente.

—Sí, mujer, sí; respondió Hipólito al mismo tiempo que limpiaba el traje de su

ama. Después de escupirse al rostro los unos á los otros, se lo han lavado, para hacer creer que están limpios.

De pronto callaron, porque se abrió una puerta y las criadas iban á retirarse, cuando Lisa anunció que era Ángela. No había, por lo tanto miedo; la niña podía oírlos. De nuevo formularon las domésticas el odio contra sus amos de que se hallaban poseídas, desahogándose de lo lindo.

Para todas era un consuelo no ser señoras; sobre todo al ver las inmundicias entre que vivían sus amos.

De pronto exclamó Victoria:

—Dí, Adela. ¿te has tragado las almejas sin mascarlas?

Esta pregunta excitó de nuevo en las domésticas una hilaridad bestial.

La aludida, débil aún, se estremeció y respondió acremente:

—Cuando os muráis, iré á bailar en vuestro entierro.

—Dichosa tú, dijo Lisa, dirigiéndose á Julia. Al fin y al cabo, aunque te han despedido, eres más feliz que nosotras, puesto que vas á dejar esta barraca. Aquí se vuelve una mala sin querer. Deseo que vayas á parar á mejor sitio.

Julia se acercó á la ventana, y colocándo-

se al lado de Hipólito, que continuaba limpiando el traje, se encogió de hombros, y contestó á sus compañeras con profunda filosofía:

—Mirad, hijas: ésta ó aquella, todas las barracas son iguales. Lo que es hoy por hoy, lo mismo es estar en esta casa que en otra: todas pueden llamarse *basureros*.

FIN.

